

SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA — INFORMACION — ARTE — LITERATURA

Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director

Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción.

CASILLA DE CORREO 824.— TELEFONO: CENTRO 1005.— CABLES: ANAGRAFICA.

CIRCULA LOS SABADOS

PRECIO TREINTA CENTAVOS

AÑO III

GUAYAQUIL (ECUADOR), 21. DE OCTUBRE DE 1933

Nº 125



Foto YOUNIS MURAD.

RAFAEL ILLINGWORTH VERNAZA

Infante animoso, alegre, entusiasta, como un nuevo Jackie Coogan, es el pibe que sueña en hazañas de maravilla y pone nobleza de corazón en sus originales travessuras. Listo a la carrera, con la mirada fija en la senda y la sonrisa en los labios, nada le arredra al chiquillo, dispuesto a patear a su balón, como si fuera un mundo.

PAGINA EDITORIAL

COMENTARIOS

INTERWIEU LITERARIA

Hay encuentros interesantes, que alivian al hombre de la pena de vivir. I hay algunos que son una eclosión de luz entre las sombras del espíritu. Caminando calle abajo por Pedro Carbo, hemos tenido uno de esos trascendentes encuentros. Lento el andar, inclinada la frente pensativa, estrujando entre los dedos un opusculo, caminaba un señor. Al cruzarnos sobre la misma acera, nos pareció que algo nos decía. I, nosotros, nerviosos, le hemos interrogado:

—¿Qué? ¿Nos hablaba usted?
—No! Siga su camino...
—Ud! dispense. Supusimos que nos llamaba la atención...

—Yo no lo he visto a Ud. Yo no veo nunca a los insignificantes. Yo salgo, en este momento, de la gran exposición del poema. I yo hablaba a los ángeles de la más prodigiosa composición que se ha concebido desde los tiempos de Lautremont: "Periódico". Oiga Ud., para que se maraville:

"Bufanda
la atmósfera de humo,
Ventilador
ventilador
Las palabras martillos
las cuartillas yunques

La madrugada se mete en los bolsillos de los desocupados". Al oírle lo de desocupados, pensamos que nos estaba contando un camelo, para tirarnos su sablazo. Y nos adelantamos a sacar un real. Pero, con sorpresa, escuchamos:

—Pretende que yo le venda este folleto. Todo el oro del mundo no lo paga. Hay cosas que no se venden, y este folleto es de esos. Sinceramente nos permitimos indicarle:

—Si Ud. es el editor, lévelo donde el cojo Ortega. Allí se venden siempre los cuadernos de canciones. Hemos visto que "El Mosquito" y "El Aviador Ecuatoriano"...

—¿De canciones, dice? Ah, sí. Pero no se imagine, hombre incomprensivo, que estas canciones son como las de Maquilón y Floro Dávila, que se entonan con guitarra. Estas necesitan de las arpas élicas; estas sólo pueden ser cantadas por los coros celestiales; estas hay que oír las al són de la música de las esferas. Atienda a ésta:

"J. G. White & Co. Ltd. Zanjas canales paralelos de las calles donde la miseria echa a los obreros haraposos y anémicos; de la ciudad palúdica con la pala en las manos encallecidas"...

—Oiga! Pero eso es un suelto de crónica...

—No sea ignorante. Esto es un poema, un precioso poema de la escuela populista.

—Bueno. Así debe ser. Pero será antiguo.

—¿Cómo antiguo? Si es lo más moderno que se ha escrito.

—Lo decía porque ya la casa J. G. White & Co Ltd. no existe. Ahora se llama White Drummond Co.

—No diga tonterías. White es eterno. I si no fuera, el poema lo hace. ¿Por qué no ha ido a la exposición del poema? No se puede imaginar la impresión que he recibido al ver las composiciones en unos cartones grandes como si fueran abecedarios. Y es que en cartones así debe el hombre aprender el lenguaje del corazón. ¿Oh el tormento de sentir y de pensar!

—Me emociona Ud.;
—I hay motivo. Porque yo, nada menos que yo, me he conmovido en la exposición. ¿Sabe Ud. por qué? Pues porque son todos mis discípulos, mis continuadores...

—¿I Ud., cómo se llama, señor?

—Pero no sabe Ud. quién soy yo? ¿De dónde es Ud.? Sepa que yo soy el magno renovador de la poesía; que yo soy el precursor de todas las nuevas escuelas, desde el novecentismo creacionista y el futurismo itálico hasta el neo-dadaísmo y el unanimitismo. Los europeos que se han llamado creadores de estas escuelas me han imitado a mí; a mí, que he sido anterior a Vicente Huidobro y al autor de "Eponina era flaca". Todos éstos son mis hijos literarios; pues yo—hónrese Ud.— soy Don Secundino de J. Méndez.

—¿Mucho honor!

—Lo tiene Ud. I satisfágase de oír esto:

Limpia, limpia...
Hay marrones, blanco, negro,
gasolina quitamancha y si no
(quiere
mi patrón, por un centavo el
(paño
le paso. Limpia... Limpia".
—No entiendo.

—¿Qué va a entender Ud.! No se ha hecho la miel... ¿Pero, perdona Victor Hugo a este irreverente!

—Pero, son de Victor Hugo, esas palabras. Estarán mal traducidas.

—Cállese, gasnápiro! I mara-

viliese de esto:

"Estate quieto tigre.
I si te mueves, sigue tu camino
(para yo seguir el mío
Anda tranquilo y no temas mu-
(cho que yo no temo tanto.
Ni tú comes carroña ni yo me
(desayuno con carne de muerto".

—Ese tigre, al que le pide que se esté quieto, debe ser gato. Por lo demás, no es precisamente un poema estomacal...

—Oiga; y no comente más: "Chimenea... negra boca hedionda que escupe a las nubes su salivazo espeso".

—Me va Ud. a perder el estómago.

—Calle, burgués. Secundino de J. se lo ordena. I escuche esta estrofa que pinta la edad de las cavernas:

"La carretera giraba sobre ro-
(dajas de árbol
asordando a los pájaros del
(monte".

—¿Había, entonces, en aquella época carreteras? ¿I eso de asordando guerra decir ensordeciendo? ¡Muy bonito!

—I qué me dice de este elevado pensamiento:

"I hasta muerdo la fruta de tus
(dos senos núbiles
para encontrar a Dios en tus
(pezones túrgidos".

—Hombre! No busca en mal sitio a Dios. Así, debe ser grato ser creyente. Lo malo es que si uno muerde mucho, en lugar de encontrar a Dios puede hallar una bofetada.

—Pues ese poema termina con este prodigioso verso:
"Estoy tranquilo. Floto en algodonos húmedos".

—Pues esa consecuencia es más grave que la de la bofetada.

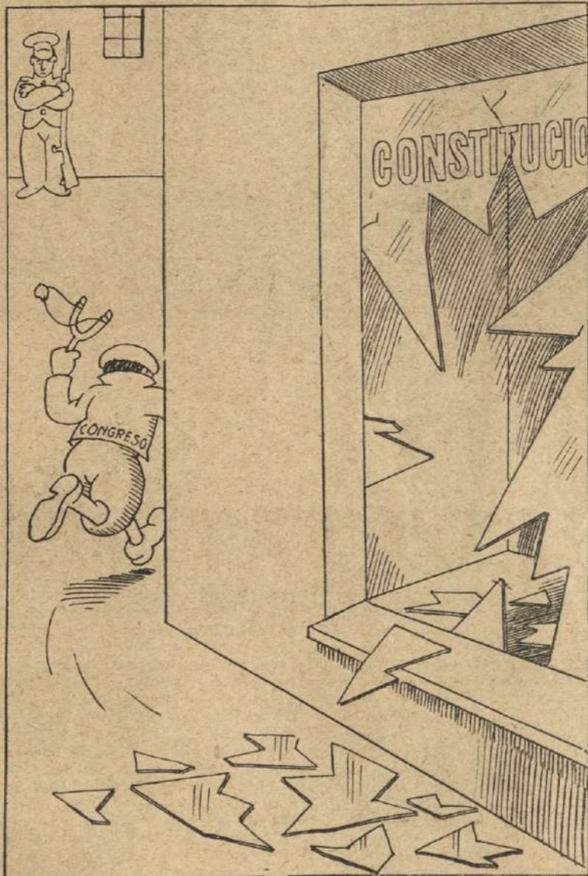
EN ESTOS DIAS

La vida es un fandango, que bien bailamos todos. Así, hemos pasado estos días entre fiestas y sustos, ya tirando la casa por la ventana y ya exponiéndonos a ser nosotros los lanzados. Menos mal que no ha dado la sangre a la rodilla ni la cerveza ha ahogado a nadie. Tras las fiestas del 9 de octubre, vinieron el día de la Raza, el día del montuivio, el día del bombero, el día del chofer, el día del policía y la noche de Martínez Mera. El día de la raza; fue un día chapetón con una madrina de chipén y todo lo suyo. En verdad que la Señorita España era como para sentirse el Cid Campeador. Cuanto tenemos los guayaquileños de español, y no tenemos mucho, se nos removió dentro del pellejo. ¡Oh, la raza! Es interesante ver a sus exaltadores con cuanto entusiasmo encomian el idioma de Cervantes, aunque lo destruyan un poco; y con cuánto calor elogian el ardor de su sangre, aunque la propia debe tener sus entronques en Melilla. Y qué decir, luego, del día del bombero, día tan simpático, en que los héroes de la casaca roja le echan líquido adentro como si tuvieran un incendio en el estómago. Mucho bailaron los bomberitos, sin perder el compás, salvo el rato en que tomó la palabra Solón, describiendo un incendio que parecía el de Roma relatado por Nerón. El día del montuivio fue también, algo estupendo. Había montuivios que hablaban inglés y montuivios venidas de Constantinopla. I era de mirar a los campiranos en unos jameigos de raza tan pura, que no nos cupo duda de que eran descendientes directos del rucio que montó el Quijote. Pero lo que más nos encantó fueron los cantos de amorinos, cuyos autores deben ser poetas afiliados a la Alere Flamman. I cerró, como tapa sin asa, el día del policía. Estaban los chapas como para meterlos a todos tras de las rejas. Finalmente, llegó la noche de Don Juan, de Don Juan de Dios. Pero no hablemos de cosas tristes.

LA ACTUALIDAD EN MONOS

V JAIME SALINAS.

LA VITRINA



Pum!... ¡Chililím... Se salió con la suya el rapaz... Ahora cualquiera mete la mano.

LA ACCION COMUNAL

Mientras la constitución de la república, hecha según el viejo sistema centralista, se despostilla por todo lado, el proyecto de nueva constitución para una república federal ha surgido de la asamblea de municipalidades como feliz concreción de las aspiraciones máximas de los pueblos. Se clausuró dicha asamblea, sin mayor ruido, porque la atención pública se ha hallado absorbida por los conflictos accidentales de la hora; pero no se puede escapar al espíritu avisor que, a pesar de la escasa resonancia, han dejado los municipios prendida, sobre un surco fecundo de la conciencia nacional, la simiente de una nueva organización política, que florecerá pronto en un movimiento unánime que propugne la radical transformación.

Mirada en conjunto la labor de los asambleístas, no puede menos

que estimarse su alto valor y su enorme trascendencia, aunque en los detalles haya habido sus quebras y todos los ideales no se pudieran atender. Si el momento ha sido propicio para que la asamblea se realice; no ha podido serlo para más; y quienes anhelan el cambio integral de los cánones que rigen a la vida del país, deben darse por satisfechos del paso avanzado que se ha conseguido; y, en lugar de desmayar, cobrar fuerzas para las nuevas jornadas que el propósito demandará en el futuro. Porque hace falta una campaña tenaz, una persistencia tesonera, un esfuerzo denodado hasta que todos los ecuatorianos adquieran la convicción de la necesidad del cambio; y sea fácil que un congreso emprenda en la discusión de los postulados federales proclamados por la asamblea de municipalidades.

PROCLAMACION DE LA SEÑORITA AMERICA



Con un acto muy significativo se llevó a cabo la proclamación de la SENORITA AMERICA, en la Plaza España, el jueves 12 del presente, en conmemoración del Día de la Raza. En la fotografía que antecede a estas líneas y que fué tomada exclusivamente para SEMANA GRAFICA, aparece la SENORITA AMERICA rodeada de las simpáticas chiquillas del Astillero que la acompañaron en la participación de los diversos números del programa. De izquierda a derecha: señoritas: Hilda Juz y Maria Reinhardt Avilés; señor Gustavo Monroy Garaycoa, miembro del Comité de la Raza; señoritas Carmela Reinhardt Avilés, SENORITA AMERICA; Mercedes Salcedo, Ivy Reinhardt Avilés, Carolina Zevallos, Lola Rites Game, Maria Palacios, Maria Rites Game y Carmen Marcef.

ETICA Y ESTETICA DE UNA MUCHACHA MODERNA

Se ha volcado excesiva literatura moralizante sobre este nuevo tipo de mujer, que parió las entrañas frénéticas y abominables del siglo XX. No hubo lápiz ni pluma al servicio del tradicionalismo a ultranza que no trazase de esta criatura el perfil más escandaloso, como si en realidad se tratase de la cosa más liviana y deleznable del mundo. Desde los que le niegan todo contenido sentimental hasta los que ven en ella la criatura propicia a la perversión, corre una gama de dislocadas interpretaciones a cual más injustas. Hasta a los moralistas al uso subió esta ola encrespada de indignaciones. Y es de leer los curiosísimos documentos de estos rigidos varones, poniendo el grito en el cielo ante lo que ellos llaman "la diabólica inmoralidad de siglo", y anatematizando y pulverizando con sus dardos tanto bello palmito que en modo alguno merece ni mereció nunca tal iracundia.

¿Quieren ustedes que tomemos un instante entre las manos a este diablillo para ver qué cosas espantables tiene dentro? Vamos allá. Antes consideremos un momento la envoltura, una de las cosas que más sublevan a estos impíos y encorajinados detractores. Y la envoltura, ¡vive el cielo!, no puede ser ni más graciosa ni más empapada de encanto. Me diréis con sobrado motivo que no es oro todo lo que reluce. Absolutamente de acuerdo. Que a la química y al arte de la cosmética le son debidos el cincuenta y hasta, si queréis, el sesenta por ciento de tanto esplendor y maravilla. Y yo os digo: pues bendita sea la química y sus milagros, que así saben crear belleza donde no existe o existe en un grado mínimo. ¿Ganaríamos algo con

que la fealdad se mostrase insípida y desnuda? ¿Es que por eso iba la Naturaleza a reformar su pésima obra? Dejemos, pues, a estas muchachas que se apliquen a su minucioso y artístico tocamiento, y no las vituperemos por ello, ya que crear belleza fue siempre obra de dioses, y ellas no aspiran ni muchísimo menos, a tan alto título, sino a emmendar un poquitillo la plana a quien las compuso con tan lamentable descuido o premura.

De otra parte, uno se queda turulado viendo el desmedido asombro con que la gente contempla estas cosas tan antiguas como el mundo. Como si el aderezarse, pintarse, maquillarse y recomponerse el rostro fuera invento nefando de estas carlindas de hoy. Con sólo recurrir a los buenos oficios de un Tratado de cosmética sabréis que ya Jezabel, al tener conocimiento de la llegada de Jehú a Samaria, adornó sus ojos con aceites para hablarse con mayores probabilidades, de seducción. Rimmel cuenta en su Libro de los perfumes que las egipcias usaban unas cajitas con varios compartimientos, en los que se veían blanco para el cutis, rojo para colorear las mejillas, carmin para los labios y alheña "para comunicar a las uñas los brillantes matices de la aurora". (Díganme ustedes si esta cajita desentonaría lo mínimo en un boudoir al uso y abuso de cualquier Loló de nuestro tiempo). Pero aun hay más, muchísimo más. Para avivar el brillo de los ojos, las mujeres de Antioe se pintaban los bordes de los párpados de matiz azul, prolongando el trazo por las sienas, delgado al principio y más ancho después para llegar a los cabellos. Las damas de la Hélade empleaban

compresas de cera caliente para extirpar las arrugas, baños asépticos para devolver la tersura a las carnes, preparados cáusticos para mudar la epidermis, antimonio para que sus ojos brillasen con la "dulce expresión de las gacelas", pasta de incienso, madera de cedro y de ciprés para hacer traslúcido el cutis, orcañeta y cerusa para dar a los brazos y al seno un blanco de leche...

Si dejamos estos tiempos cuasi fabulosos y venimos ya a nuestros días, veremos que en la época del segundo Imperio las damas francesas comían limones para dar palidez a su rostro; saturaban de aromas sus vestidos y los rellenaban de saquitos con teniendo rosas almizcleñas; sus saietas olian, hasta producir neuralgias, a vinagre imperial, agua angélica y a elixir de trementina.

Nos queda ahora el espíritu, esta esencia amasada de liviandad e impudor, al decir de los cascarrabias de la mojigatería. ¿Cómo son estas chiquillas por dentro? A mí no se me ocurre más que una imagen para concretar este punto: son como un vaso fino, lleno de claridades. Claridad en el pensar, claridad y arresto en su acción extremadamente dinámica; claridad en la charla, en el sentimiento, en la risa, en el llanto, en lo que dice, en lo que hace. Todo en esta criatura es claridad deslumbrante intemperancia, brio, desorden, en pugna con la eterna tiniebla que caracterizó a la mujer finisecular, para no remontarnos sino a su antecedente más inmediato. Dos vertientes espirituales diametralmente opuestas, en lo que a la mujer atañe, marca el pináculo de la Gran Guerra. De un lado el comedimiento hipócrita; la pa-

sión y el carácter opresor bajo los siete grilletes del disimulo; la risa sofocada; la palabra cauta; el amor como un negro pecado de concupiscencia; la pobre gala deslucida sobre la panza hueca; el no salir sino a las horas elegantes; saber casi de corrido una novela de Octavio Feuillet e ignorar la tabla de multiplicar; conocer todos los triduos, novenas y jubileos del mapa convencional de la villa, y no saber, en cambio, la alegría de un día de sol, desnuda de pie y pierna, suelto el cabello y un grito ninfal en la boca, ansiosa de vida. Del otro, este sano primitivismo—ultracivilizado—de la mujer moderna: conciencia y profundo sentido de su misión; el amor, apatencia legítima, así en lo espiritual como en lo físico; deporte; coeducación; en lugar del tedio infinito tras los estores del mirador, este salir y bullir por la calle, camino de la oficina, del almacén, del laboratorio, del aula. Junto a los cabellos complicados en trenzas y ondas, este pelo suelto, corto y limpio; al lado del traje embaldado, encajado de perifolios, esta cosa holgada y vistosa, dando al viento lo más fino de su alegre silueta.

Mas todo esto pasará porque debe pasar. Y centradas mañana estas desorbitadas mujeres de hoy, en reposo y serenidad sus conquistadas, vueltas en saludable refugio a los términos de una feminidad estricta, creo hay para confiar en que de esta mujer ultrachic nacera una Eva fuerte y dulce, tan distinta de esta muñeca frívola y espumosa de cock-tail y blues, como de aquella otra de mangas de jamón, hipocresía y fanatismo.

MOMENTOS RENACENTISTAS

POR GIBBERTA S. de KURTH

La melancolía, brotada del desnivel sentimental entre el recuerdo de la juventud y la realidad del momento, daba la quietud de estampa a la vieja duquesa Leonora.

Sentada en un sillón de suntuosa talla, junto a una mesita cuyos ornamentos de metal cincelado recogían la luz que entraba por una ventana orlada de terciopelos, la anciana abandonaba sus miradas en las lejanías del parque y dejaba caer la paz de sus manos sobre un libro de horas.

Un leve movimiento negativo de la cabeza, velada por un cenital blanco sujeto con un joyel, denunció la disconformidad de la duquesa.

—No soy de este siglo... Me atan a él las obligaciones de mi alcurnia y este vigor de vida que no quiere abandonarme; pero mi espíritu se ha quedado prendido en el siglo XV. Entonces flotaban aún en el ambiente, como una herencia ya centenaria que nos nutría de cosas bellas y sutiles, el saludo de Beatriz y la mirada inquietante de "la dama de la ventana".

Laura nos enseñaba la gracia honesta de su seducción. Hoy...

Rompíese el encanto del melancólico discurrir. Con mucho rumbo, interrumpido por una reverencia apresurada, entró en el aposento una dama joven y gallarda. Llevaba en brazos un perrito juguetero que le estropeaba los recamados del corpiño. Un bufón enano atravesó corriendo la estancia y se perdió entre las felpas de un cortinaje, no sin dejar oír antes su insolente cuchufleta:

—¿Viene el día en busca de la noche?

Cerrazón y tempestad tendremos.

Habituada debía estar la duquesa Leonora a tales desplantes, porque volvió con sosiego los ojos a la recién llegada, sin ocuparse para nada del bufón. Y en la cordialidad del saludo deslizo su reproche:

—Bienvenida seas, Bibiana. Muchos días han pasado sin que te llegaras a mis habitaciones... ¿Tienes noticias del duque, mi hijo?

—No muy halagadoras para una esposa. Asuntos políticos lo retienen en Milán, lejos de mí—dijo la aludida, con displicencia, al sentarse en un escabel, muy cerca de la anciana. Y, como si el asunto no mereciera mayores comentarios, se entretuvo en tironear las orejas de su perrito, a tiempo que preguntaba, como al desgaire:

—¿Son muchos los invitados a nuestros salones esta noche, señora?

—Muchos. Cuanto hay de granado en damas, caballeros, prelados, poetas, y artistas...

—A propósito de artistas... Se dice que ha salido del retraining de su taller el orfebre Guido de Nino. ¿Asistirá él, acaso?

—Así lo espero. Personalmente ha venido a agradecerme la invitación.

Luces momentáneas de pasión, de torturada curiosidad, en la mirada de la joven duquesa, delataron sus ansias.

De nada le valió reír nerviosamente y hacer mimos al perrito después de provocar sus gruñidos. La duquesa Leonora, ducha en intrigas y disimulos, estaba en guardia. Parca en palabras y pródiga en sonrisas de cortesía, era acogedora pero no confidente. Dejaba que las preguntas de Bibiana le revelasen la intención que allí la había traído.

—Mucho se habla—dijo ésta—de dos joyas trabajadas por Guido que causarán asombro: un brazalete de filigrana y esmalte, y una sortija con un rubí que, gracias a un secreto del engarce,

triplica su fulgor. Mas... nadie sabe a quien están destinadas esas joyas...

Buscaba Bibiana una confidente y sólo halló una sonrisa que se resolvió en una expresión habilísima de ignorancia.

Decepcionada, encontró pretexto en perentorias atenciones para marcharse y, entre un trivial cumplido y una reverencia, salió de la estancia precedida de su bufón, cuyas piruetas la obligaron a moderar el paso.

Como en un mundo de magia, Guido de Nino trabajaba con pasión de artista en su taller. Allí pulverizaba esmaltes en morteritos de acero, hacía experiencias con aleaciones, y labraba engarces, filigranas y bajorrelieves minúsculos que le habían valido la admiración de los poderosos. Por todas partes, en un aparente desorden cuyo orden era perfecto y solo él conocía, veíanse piedras preciosas, placas de oro y de plata ahuecadas, buriles, cincelitos hechos con punta de piedras talladas, crisoles y hornillos.

Era, en el taller, señor celoso de sus secretos de orfebre.

Pero eso, fue mucha su sorpresa al ver junto a sí, inclinado por el respeto, al gentil hombre de confianza de la duquesa Leonora, y al cual, por ser quien era, no increpó.

—Quiere su excelencia la duquesa—dijo el emisario—que vayaís cuanto antes a su presencia. Por las puertas secretas hemos de llegar a ella.

Ansiosa y con el rezo en los labios os espera...

Dulcificó Guido su arrogante mirada y, sin replicar, cambió su

blusa de artista por el jubón cortesano, caió el birrete de terciopelo, apagó los hornillos, aseguró con cerrojo la puerta que custodiaba su arte, y echó a andar con gallardías de gran señor.

Leve golpetear de nudillos anunció a la duquesa la esperada visita. Tendió los brazos, y en ellos, con la confianza de un niño, refugió Guido la cabeza, que la anciana enderezó para mirarle profundamente los ojos.

—Hijo!...—le suspiró. Desprendiose el joven de las ducales manos para besarlas con devoción y preguntar a la sordina:

—Madre! ¿Qué urgencia de verme es ésta?

—Precaver desgracias, Guido, ¿a quién has destinado el brazalete de filigrana y esmalte?

—Ya tiene dueña. En las manos de la divina Constanza lo he puesto. Ha de lucirlo esta noche en vuestro salón...

—Mi sobrina! ¿Que imprudencia!

—Para ella lo trabajé y pulí con paciencia de santo y fiebre de enamorado.

—Pues con prudencia de hombre advertido a tiempo, te resignarás a que Constanza no exhiba esa joya. ¿Te va en ello la vida!

—¿Bibiana?...

—Está celosa; celosa sin amor. Tirana de almas, su vanidad quiere tu rendimiento y, sobre todo, la ofrenda de tu arte. Codicia envidias, inculca perfidias...

—¿Y he de temerla, acaso?

—¿Témela! Esconde en las guarniciones de su corpiño un puñalito de hoja envenenada, pequeño como su meñique, maravilla

cincelada por Benvenuto, y lo maneja con maestría de diabla, disimulándolo entre los encajes de un pañuelo, cuando su mano acariciadora quiera matar con herida sutil que no se sienta. Guarda en el secreto de su broche de amatistas unos polvillos blancos y perfumados que hacen más capitoso al Falerno y que man la vida en las entrañas...

—Si es tanta su perfidia, inútiles serán las precauciones. Adivinará lo oculto y matará por despecho.

—Nunca, mientras yo vele y tú me obedezcas. En escuelas de perfidias he adquirido mi experiencia. Sé desviar tempestades y aumentar a la muerte.

La vanidad de los pérfidos es mi aliada. Prométeme, Guido, que harás cuanto te pida...

—Todo lo que deseéis, como no sea humillar a Constanza o perder su amor.

—Yo te lo fio. Tu amada confiará por algún tiempo el brazalete de filigrana. Es mujer de mi casta y sabrá esperar. Y tú, el impetuoso, recoge la fibra de imprudencia y de intuición que debo haber transmitido, con lo mejor de mi alma, al hijo secreto de mi amor...

Cuando esta noche Bibiana, con disfraces de halagos, llame a la muerte junto a ti, ofrécele ostensiblemente, para que su vanidad la desarme, el rubí maravilloso que engarzaste para mí...

De una caja primorosa, la duquesa sacó la artística sortija del rubí, y la contempló con dolor de despedida.

—La joya de mis joyas!—exclamó Guido—¿El rubí que engarcé para vuestros amados dedos, como homenaje de hijo y de artista... en poder de Bibiana? ¿Nunca! ¿La sortija que es mi orgullo de orfebre y que negué a Constanza para que fuera vuestra!

—Mis manos no ansian más que paz; las de Constanza, amor. ¡Ni una ni otra tendremos lo que deseamos si tú me desobedeces!

Abatió Guido la cabeza y, sumiso al mandato del amor, dejó que la sortija pasara a su escarcela brochada.

—Urge que te marches, Guido. Defiéndete, por piedad a mi vejez y a la juventud de Constanza. ¡Vete!

Ganó Guido la puerta secreta y a poco andar entre pasadillos y vericuetos, encontró salida para encaminarse de nuevo a su taller, donde con premiosa afiebrada destreza comenzó a cincelar el interior del arco de un brazalete de oro, liso y pulido en su exterior.

Galas de Renacimiento en un salón ducal de fiesta. Tapices de Flandes, brocados, esplendor de luces, muebles de rica talla, estatuas, gallardía y belleza.

Al entrar Bibiana con el suntuoso efectismo de duquesa reinante, hizo su reverencia ante la duquesa Leonora y fijó la ardorosa mirada en los brazos de Constanza que, en calidad de dama predilecta, acompañaba a la anciana señora y lucía como única joya, un brazalete de oro, liso y pulido. Desconcertada, Bibiana buscó en otros brazos la pulsera de filigrana, mientras su linda rival sonreía inefablemente al sentir la caricia íntima que sobre su epidermis dejaba el interior del arco de oro en el cual, aquella tarde, el orfebre había grabado su cifra y un juramento de amor.

Cuando Guido de Nino se acercó a Bibiana con el homenaje de su salud, fingió ella contento al verle aparecer en las fiestas cortesanas de las que se había retraído. Y para celebrar su retorno a los salones, lo invitó a beber del vino que su paje favorito le escanció en una copa de cristal, pieza única e inconfundible, cuyo

(Sigue a la página 16)

SIN QUERER...

Por AUGUSTO ARIAS

Especial para SEMANA GRAFICA.



y en el de hoy amanecen metáforas extrañas, las de los viajes largos y los regresos sabios.

No es mano casanóvica la que ahora te busca, ni es luz de seducción que cae en tus pestañas, ni es beso de deseo que te quema en los labios.

Flajélenme tus manos tateando mis instintos, óiganme tus palabras, devuélvanme tus ecos, tracen en la inquietud de mis sueños distintos cristales de otra edad tus sentimientos fieles.

Vístete de colores, entreteje laureles, trae rosas mojadas y violetas humildes y hunde en el surco cálido de tus presentimientos el arado del odio para que al fin me olvides.

Te gustará el milagro de adoración. Tendida para el dios modernísimo tu temblor de oferente.

Allí dos copas blancas y róseas de la vida, allí el surco del pecho y oscura y encendida la flor de la paráfrasis, la pagana, la trémula.

Sobre el milagro antiguo, marfil duro mi frente y altos los pensamientos, desligados y quietos, como en reposo estáticos, como en dominio, inmóviles en la escultura viva de alguna fija llama.

No mano casanóvica ni buscador tormento. Pero ha de abrirse el libro de los periplos, pero el trazo de las cosas floridas ha de hacerse ya dócil para el paso del Uliseano dueño y aún cuando la columna del humo figurado le llame a sus añejas sencilleces, y aun cuando Penélope entreteja la malla honrada y fuerte, sobre el amor cantante, sobre el grifo simbólico, sobre la roca dura, sobre el tritón sedoso, sobre el lobo del mar, veloz y dominado, sobre el coral flotante, sobre el marino banco y sobre el remolino hundido de la Muerte bufeos del recuerdo, sin naufragio, volantes, han de surgir, volviendo sobre irisadas olas, música del periplo, sin extinción, sin término, como el tímpano intacto que hay en las caracolas...

El hongo fue paraguas de otros milenios. Siempre del balcón de Julieta se colgará Romeo.

Novedades antiguas trae tu advenimiento.

Acidez otoñada probé de tu setiembre.

Hay resolanas íntimas en tu amistoso viento.

Búscame en el misterio que no encuentro en mi mismo.

Hunde tus manos solas en mi multanimismo.

Escóndete y olvídame, hundiéndote en mi abismo!

Augusto ARIAS.

PANAGRA

SERVICIO AEREO
DE PASAJEROS, CORRESPONDENCIA Y CARGA
DOS VECES POR SEMANA AL NORTE Y AL SUR
32 PAISES Y COLONIAS SERVIDOS

99.81 % DE REGULARIDAD MANTENIDA EN SU ITINERARIO

Algunas de las tarifas atractivas de pasajes:

- A SALINAS: dólares 11 en 45 minutos
- A BUENAVENTURA: dólares 65 en 5 h. 20 m.
- A CRISTOBAL, Z. C.: dólares 110 en 10 h. 10 m.
- A TALARA: dólares 20 en 2 h. 5 m.
- A LIMA: dólares 83 en 10 h. 40 m.



PAN AMERICAN-GRACE AIRWAYS INC.

THE GUAYAQUIL AGENCIES C^o
Agentes
Malecón N^o 700. Teléfonos C. 1-5-2-4 y 1-8-5-8.

DE LA MUJER, DEL HOGAR Y DE LA MODA

PAGINA DEDICADA A LA ELEGANTE FRIVOLIDAD FEMENINA

TRAJES COPIADOS DE LA HISTORIA



Se presencia actualmente en los círculos elegantes de Nueva York una especie de "Renacimiento de la Moda". A la derecha, detalles de la moda del siglo pasado: sombrero con plumas, traje de terciopelo pardo. Izquierda, traje de crepé de novia.

DETALLES DE LA ELEGANCIA

Aunque la mayor preocupación de la mujer es la moda, considerada como la tirana de su espíritu; sin embargo, hay algunas damas que descuidan los cambios que de un día a otro ofrece, no porque dejen de ser elegantes y refinadas, sino porque las variaciones se producen en forma tan sutil, que no las perciben.

El otro día una de mis amigas, que ha tenido que guardar cama por algún tiempo, me preguntó "Han cambiado mucho las modas?" "Si, y no," fue mi respuesta. "Han cambiado lo suficiente para establecer una diferencia entre las prendas de hoy y las de la temporada pasada, pero no son radicalmente distintas. Los ligeros cambios que se notan en las nuevas prendas, hacen predominar en ellas un aspecto juvenil.

Exceptuando el efecto exagerado de los hombros, no veo cambio radical alguno. Las faldas continúan amplias en la parte inferior, los contrastes de color son más discretos.

Las capas de Vionnet, que sólo llegan al busto por delante, y casi tocan el suelo por detrás, presentan una nota nueva en los asuntos de la moda, luciendo especialmente efectivos con un traje que haga contraste.

Los sombreros, cuando son pequeños, tienden a subir la copa por

medio de pliegues y en cambio cuando llevan el ala tendida hacen más achatada la copa. Agnés ha presentado unas versiones elegantes que parecen macetas de paja llenas de flores, mientras Patou hace turbantes rascacielos de cinta adornados de flores también.

Se usan sombreros grandes, de paja de Italia, como los que se ven en los antiguos cuadros. Estos modelos son los más adelantados, constituyendo el éxito que pronostican para cuando estemos en pleno verano.

Los materiales celtagal porcelana y el piqué de cordón ancho de seda artificial o laqueado, es algo muy nuevo entre las telas de brillo. Louise Boulanger presenta una novedad con el terciopelo corduroy de lino!

Los adornos de plumas ven amenazada su supremacía por los ruches de tul, que adornan las bocamangas, al rededor del escote y en las faldas, haciéndose también boas del mismo material.

Mirandé hace algo original en los boleros de organdí escocés. Eva Reva lanza unos juegos intercambiables de cellophane brillante, en forma de botones que hacen juego con los del cuello, puños y hebillas que transforman el aspecto de un traje sencillo de sport.

NORMAS PARA CUIDAR EL CABELLO

El cuidado del cabello durante los meses de verano, y especialmente en la costa, es una fase importante para conservarlo bien.

El clima caliente estimula las glándulas sudoríficas en todo el cuerpo y también en el cuero cabelludo. Si la cabeza respira mucho y no hay una enfermedad específica en el cuero cabelludo, un buen tónico para el cuero cabelludo que sea ligeramente astringente, ayudará a corregir este estado. Divida el cabello en varias secciones y aplíquese el tónico a cada sección del cuero cabelludo, limpiando el tónico excedente con una toalla suave y limpia. Esto hará que el cuero cabelludo se sienta fresco.

Si, además de la respiración excesiva, hay caspa, una loción para corregir este estado debe aplicarse y frotarse perfectamente en el cuero cabelludo. Haga un tapón de algodón envuelto en gasa, mójelo en el tónico y frótese con él, perfectamente, el cuero cabelludo. Después pase el tapón ligero y rápidamente sobre cada guedeja de pelo. En seguida límpiese el cabello con una toalla limpia, suave y que no suelte pelusa.

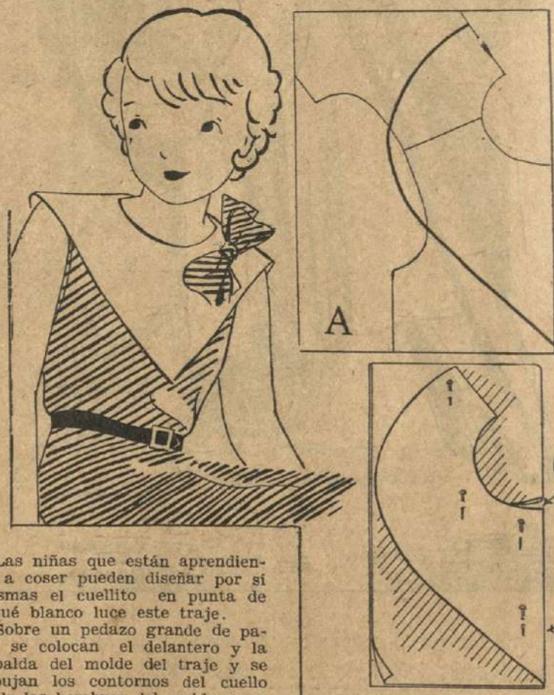
Si el pelo ha sido resecaado excesivamente por el sol, aplíquese un poco de unguento para el cuero cabelludo o pomada a las palmas de las manos y frótese muy ligeramente sobre la superficie del pelo. A menos que el cuero cabelludo sea excesivamente grasoso, dése un buen masaje duran-

te diez o quince minutos antes de cepillarse.

El pelo excesivamente grasoso con caspa se debe al mal funcionamiento de las glándulas sebáceas en el cuero cabelludo, dando por resultado un aumento en secreción alterada de estas glándulas. Tratamientos interiores así como exteriores son necesarios. Fortalezca su salud en general con dieta correcta, ejercicio, sueño suficiente, aire fresco y sol. Incluya más frutas crudas, hortalizas verdes y ensaladas en sus menús. Dé a su cuero cabelludo y pelo un baño de sol todos los días. Use un shampoo líquido suave para lavar su pelo y aplíquese un tónico antiséptico al cuero cabelludo, varias veces a la semana. No permita que le caiga cerca de los ojos, sin embargo. El siguiente tónico para el cuero cabelludo puede usarse regularmente durante varias semanas: dos onzas de hamamelis, dos onzas de alcohol, una onza de agua destilada, cuarenta gramos de resorcina. Agítese bien. Aplíquese al cuero cabelludo con un cepillito o con pedazos de algodón absorbente. Antes del shampoo puede usar un poco de la siguiente loción grasosa para suavizar la caspa acumulada: quince gramos de ácido salicílico, dos onzas de aceite de oliva. Frótese bien en el cuero cabelludo. Déjese en el cuero cabelludo durante media hora o más y después dése el shampoo como de costumbre.

Lois LEEDS.

MOLDE DE CUELLO



Las niñas que están aprendiendo a coser pueden diseñar por sí mismas el cuellito en punta de piqué blanco luce este traje.

Sobre un pedazo grande de papel se colocan el delantero y la espalda del molde del traje y se dibujan los contornos del cuello y de los hombros del molde como se ve en las líneas finas del diagrama A. Según lo muestra el diagrama, el centro del frente del delantero del molde se coloca sobre el borde derecho del papel y luego se juntan los bordes de los hombros del delantero y de la espalda.

Después de dibujar el cuello y los hombros de esta manera se procede con el diseño del nuevo cuello, que muestra aquí la línea gruesa del diagrama. Con la cinta métrica se toma en el cuerpo la medida de la longitud que se

quiera dar al cuello en el centro del frente, en los hombros y atrás; y luego se señalan estas dimensiones sobre el diseño que trazamos en el papel, de los moldes del traje. Después de trazado el cuello se recorta, agregándole una pestaña al borde exterior. El centro del frente del molde del cuello se coloca sobre el doblez de la tela al cortar, como se indica aquí en B. Se prende el molde con alfileres sobre la tela y luego se recorta como en C.



Míela aquí en un traje de soiré que no requiere explicaciones...



Modelo de noche, adornado con piel de zorro gris.



Negligé de seda multicolor.



Otro de los trajes ideados por Kay Francis cuya fértil imaginación hace la desesperación y la envidia de sus colegas.



Por fin, vemos una túnica escultural, rematada por una nube de vuelo de gasa vaporosa.

DEJAMOS A NUESTRAS LECTORAS, el confirmar la opinión corriente en Hollywood, de que Kay Francis es la mujer más elegante de la capital del Cine.

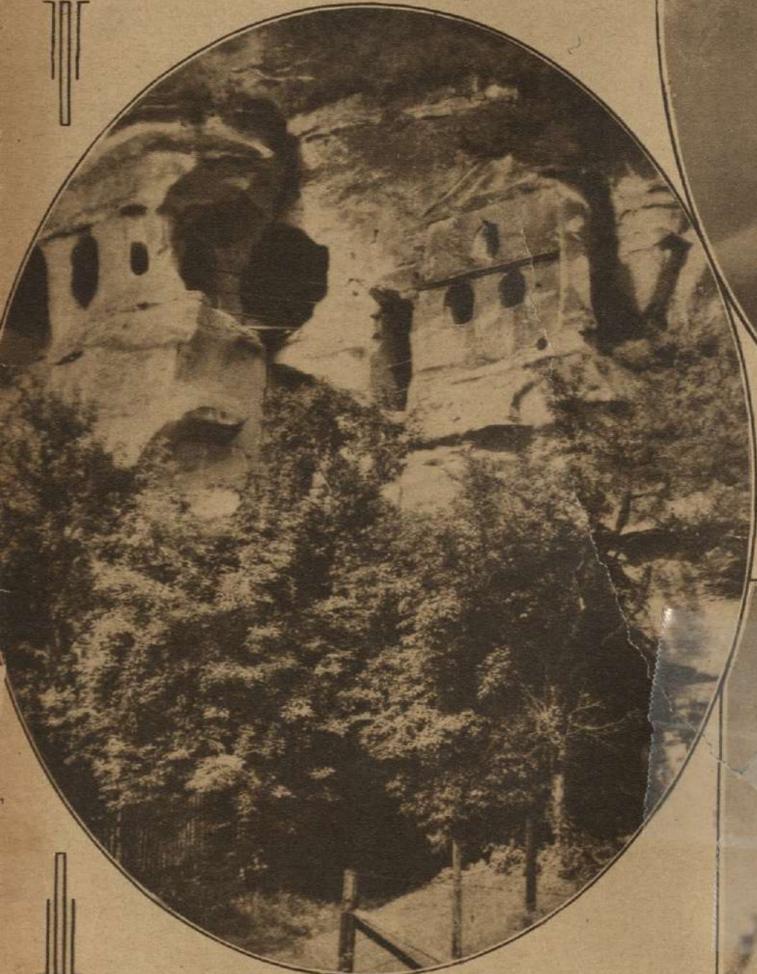


Edmundo H. Osthaus

Husmeando el rastro de la caza, los perros se detienen un instante, como para cerciorarse de que van sobre el terreno. Edmundo H. Osthaus se complace en capturar a los animales en instantes palpitantes de realismo, lo cual añade encantos a sus obras.



LA CIUDAD DE PORTOBELLO, República de Panamá, vista desde la bahía.



UNAS DE LAS CURIOSIDADES prehistóricas más interesantes de Alemania, son las cavernas de Uberlingen, en la provincia de Baden.



ANTIGÜEDADES PERSAS. — Se calcula que este esqueleto de un guerrero persa, que actualmente se exhibe en el Museo de la Universidad de Pennsylvania en Philadelphia, data de dos siglos antes de la era crística.



MARY PICKFORD nos presenta la última moda en trajes de calle, héla aquí en su última película "Secretos," de la United Artists.



ELEANOR Y BETTY WHEELER, hermanas gemelas recomiendan este ejercicio para conservar la esbeltez.

HUMORISMO GRAFICO

DE PROPIA Y AJENA COSECHA

COSAS DE VIVOS



—Caballero, es usted un atrevido y no acierto a comprender cómo es posible que usted se tome esas confianzas.
—Dispéñeme señorita, pero yo soy el único a quien el congreso ha acordado un voto de confianza y hago uso de él...

FUEGOS PIROTECNICOS



—Señorita, es usted la mujer más hermosa que yo he visto en mi vida.
—Pues lo mismo me pasa a mí; jamás vi en mi vida hombre más hermoso que usted.

RAZON DE FUERZA MAYOR



—Ah viene Rodríguez!; escondámonos para que no nos vea.
—Qué: ¿andas mal con él?
—No, precisamente, pero ando mejor sin él.

NECESIDAD DE CAPITALES



—Una limosna, señora!
—No tengo sino un sucre. ¿Podría darme vuceto?
—No lo creo. Me sucede con mucha frecuencia; soy un fisonomista detestable.
—Sí; pero en este caso... Si yo le confesara que no le he re-

Metempsicosis



Aunque parecía muy interesado en la lectura de un periódico, me cuenta enseguida de que su preocupación era otra. Nuestras miradas se habían encontrado varias veces, y él, con el azoramiento de toda persona que se advierte en ridículo, había desviado la suya para fijarla estúpidamente en los adornos del techo o en el ventanal de cristales próximo a nosotros.
Era un hombre de cuerpo enjuto y calva amplísima; tenía el rostro enmarcado por una barba negra, y sobre la nariz, enrojecida seguramente por el alcohol, lucía unas gafas con montura de concha, uno de cuyos cristales—me parece recordar que el derecho—ocultaba, tras de su esmeril, la órbita vacía del ojo.

Muchas veces saludó en la calle, en el café o en el teatro a personas que luego tengo la certeza de no haber tratado nunca; otras veces, en cambio, continúo impasible ante el gesto afectuoso de cualquier conocido.
En aquella ocasión, ante la insistencia que ponía en observarme el vecino de mesa, barajé en mi memoria los rostros familiares. Iba a desistir del empeño, en vista de la inutilidad de los esfuerzos, cuando de improviso el hombre se alzó de su asiento y vino hacia mí.

De pie, su aspecto resultaba aún menos agradable. Era alto, extremadamente alto, y vestía un traje viejo tan holgado que hacía pensar en un adelgazamiento rapidísimo o en una donación de alguien indudablemente más grueso que el poseedor actual.
—Buenas tardes—me dijo—. ¿Usted no sabe quién soy yo?
—No recuerdo. Me parece que le conozco, que le he visto en alguna parte, pero no sé dónde ni cuándo. Usted perdone...
La maraña negra de la barba se entreabrió en una sonrisa.
—Está usted perdonado—concedió—. Lo extraño sería que me recordase después de tanto tiempo. Yo también, no obstante mi prodigiosa memoria, he dudado mucho antes de tener la seguridad de conocerle. Muy curioso, ¿no?

—¿El qué?
—El que le haya recordado.
—Ah, sí!
—También es curioso el que usted dude haberme conocido en alguna otra ocasión.
—No lo crea. Me sucede con mucha frecuencia; soy un fisonomista detestable.
—Sí; pero en este caso... Si yo le confesara que no le he re-

conocido precisamente por la fisonomía...
—Entonces...
No quiso contestarme; me tendió la mano derecha.
—¿Cómo sigue usted, amigo mío?
—Bien, gracias. ¿Y usted?
—Regular. Los años se van dejando sentir, y ayer fue el estómago, y hoy es el hígado, y mañana será el reuma... ¡Achaques de viejo, nada más que achaques! Hay que resignarse y esperar a que se definan seriamente y acaben de una vez con uno. En fin, no hablemos de cosas tristes. Usted es un hombre joven, a quien todavía sonríe la vida...
Ocupó una silla frente a mí.
—Sí; no puedo quejarme. Pero...

—Bah! Nadie está contento con su suerte. Tampoco entonces estaba usted contento.
—¿Cuándo?
—Cuando nos vimos la última vez, Antonio.
—Me parece que no nos hemos visto nunca, señor!—exclamé, asombrado, al escuchar aquel nombre—. Está usted confundido. Además, yo no me llamo Antonio sino Vicente.
—Es lo mismo. De algún modo tenía usted que llamarse. No he pretendido tampoco adivinar su nombre. Me he limitado única y exclusivamente a decirle que le conozco. Eso es todo. Yo sé quién es usted, y me basta.
—En cambio, yo ignoro todavía con quién tengo el gusto de estar hablando.
—Cierto—me repuso, sirviéndose agua en mi copa—. Ciertamente repitió luego de vaciarle de un trago. Y con una sonrisa que exacerbaba mi indignación, añadió: Un poco de calma y le diré por qué y desde cuándo le conozco. Pero antes, una pregunta. ¿Es usted aficionado a los grandes viajes?
—No he salido nunca de España.
—Yo sí. Yo he viajado mucho. Conozco toda Europa. Asia y gran parte de Africa, principalmente Egipto. ¡Es admirable! Junto al poder evocador de aquel suelo nada valen las ciudades modernas.
Sorprendió un movimiento mío de impaciencia e hizo una pausa.
—Permítame, señor. Si he de continuar, le ruego que no haga ningún gesto de desagrado. Un día, en el templo de Dendarah, próximo al Nilo, contemplé un bajorelieve que representa a Cleopatra y Julio César, ante la diosa. Siga a la página 16.

TIME IS MONEY



—El tiempo es oro, ¿verdad? Así es. Y busque Ud. donde ir a gastarlo.

EFFECTOS DE LA POLITICA



—Llevamos cuatro horas con la caca en la mano y hasta ahora no hay pescado que pique!
—Estoy temiendo que nos hayan dado voto de desconfianza.

CONFESIONES A PRIORI



ELLA.—¿Qué harías si yo me muriera?
EL.—Pero mujer, que preguntata, pues probablemente lo mismo que harías tú si fuera yo el que se muriera.
ELLA.—Ya me lo figuraba! Sinvergüencías, como todos los hombres!!!

FALTA DE CONOCIMIENTOS



ELLA.—Quiero tu opinión. ¿Qué te parecen las mujeres que han venido a este baile?
EL.—No sabría qué decir, soy muy poco inteligente en pintura.

LO MISMO DE SIEMPRE



ELLA.—Tengo ganas de suicidarme. Ay Dios mío, que desgraciada soy!...
EL.—Pero linda por qué esa desesperación? Dímelo...
ELLA, claro: dices que te pasas con cuatro años!...

Estampas típicas quiteñas



El Chapa

La noche tiene un stock completo de sombras de diversos matices.

El cielo está de par en par abierto.

La luna, en mitad de la bóveda celeste, se destaca enorme y brillante. Bajo el chorro de su luz potente, toman un baño de claridad los tejidos de todas las casas.

Una victrola hace añicos la tranquilidad y los nervios.

Las calles solas y tristes, parece que soñarán.

Y cosa rara, algunos postes rígidos y esbeltos pretenden hacer cosquillas a unas nubes coquetas, que vagan jugueteando por el cielo.

En la esquina de "Manosalvas" un representante de la ley, de plantón, garantiza la tranquilidad de los asociados, sirve de estorbo a los tranochadores y provoca al viento que, de rato en rato, tiene intentos de elevarle a las alturas.

Un abrigo gris para la pulmonía.

Una bufanda de Otavalo para el Catarro.

Y una gorra kaki para la cabeza, completan la indumentaria con que el "chapa" se guarece de la noche que, gota a gota, va cayéndole sobre los hombros.

12 campanadas 12.

Los campanarios de las Iglesias terminan de dar las doce a la una de la madrugada. ¡Son tantos, que si todos anunciaran la hora al mismo tiempo vaya el lío que se armará!

No lejos de esa esquina pintoresca y simpática, una guitarra, acariciada dulcemente por dedos expertos, desgrana suaves quejas al compás de un pasillo, que mientras entenece a la "directamente interesada", a los vecinos despierta con los puntapiés de sus angustias.

Es un sereno.

Uno de los treinta y tres sistemas que se usan para quitar el sueño y declarar el amor.

Concluye el pasillo con un do definitivo.

Se oyen toses. Cuchicheos. Los instrumentos discuten hasta afinarse.

Y un tierno yaraví asciende hasta el balcón de la bella, em-

puja quedamente la ventana y penetra en el corazón de la mujer a quien aquel sereno se dedica.

Después, pasos lentos van ganando la calle.

El grupo dobla la esquina y queda frente a frente al "chapi-ta" que, como un signo de admiración, permanece derecho.

—Chullitas el permiso— habla el celador acercándose al grupo— Ya saben ustedes que sin permiso no hay sereno. ¡Caramba que frío hace!

Y se frota las manos con dureza.

Uno de los del grupo presenta el permiso y los ojos del "chapi-ta" y algunas estrellas curiosas, miran el papel que autoriza a dar una broma a Don Morfeo.

—Está bien, sigan no más.

Y el grupo se instala al pie de una ventana.

—A ver paco—dice uno de ellos— venga a tomarse este trago.

—No puedo mi jefecito— contesta— sufro de una enfermedad que no sé cómo se llame, pero que no me deja tomar.

—No seas tonto—añade otro con su manía de tratar a todos de tú—tómate, hombre. Un trago no hace mal.

—Es que... —Es que te tomas o aquí va a pasar algo...

—Si, va a pasar ese automóvil. ¡Cuidado con dormirse chofer!—grita el de la guitarra, al ver que los guardabarras del auto van rozando el cuerpo del representante de la ley.

Insistencias. Bromas. Y el celador no tuvo más remedio que tomar algunos tragos.

Empezó a hacerse la luz en su cerebro.

Y declaró:

—Mi enfermedad es de lo más molesta. Figúrense ustedes que no puedo tomar una copa porque apenas tomo... me dan unas ganas tremendas de seguir bebiendo.

El grupo aplaude la ocurrencia. Y resuenan unas carcajadas que van dando tumbos por el aire hasta estrellarse contra una pared vieja.

—Bueno, empecemos— exclama el de la guitarra.

Un valse deja oír sus cadenciosos ritmos.

El bandolín, con su vocecita de virgen que sabe de ternuras, se entenece en dulziones acordes de plegaria.

El valse llega a su apogeo. La guitarra subraya, con sus bajos tremantes, los acentos quejumbrosos de la música.

Y termina agonizando con un suspiro de nostalgia.

—Que bonito tocan, chullitas. —Leven anclas que nos vamos. Otro trago al "chapi-ta".

—Salud, por tus éxitos con las mujeres de canasto al brazo.

—Salud por los éxitos de ustedes con las señoritas de rimmel en los ojos y colorette en los labios.

¡Salud!

Ja, ja, ja, ja...

La algarazca sube tres metros sobre el nivel del pavimento.

—La del estribo "chapi-ta". —Me tocan dos, porque los autos tienen dos estribos.

El grupo se va.

Y el "chapi-ta", en la esquina, ha dejado de parecer un signo de admiración para convertirse en una interrogación.

Sólo. Callado. Las manos en los bolsillos y unas ganas locas de alcohol en todo el cuerpo, el celador se pasa rumiando los minutos pidiendo a Dios que venga otro sereno.

Las horas corren y el sereno tarda.

El frío arrecia.

Estaba a punto de cerrar los ojos, cuando el bocinazo aprmiante de un Ford, que venía veloz, como un mal pensamiento, le hizo sacar la mano del bolsillo para dar la dirección.

El auto frenó a su lado.

Y escuchó que alguien decía: —Oyes, "chapi-ta", ¿puedes hacer abrir esa tienda para comprar cognac?

Estas palabras acariciaron sus oídos con mejores caricias que las de su Josefa.

—Con mucho gusto mi jefecito.

Se encamina a la tienda y golpea la puerta con los nudillos de su mano izquierda.

—Abra no más señorita, soy yo, el "chapi-ta" de la esquina.

Claro, la puerta se abre.

Baja del auto un caballero. Compra el cognac. Lo destapa.

Y brinda al celador dos copas llenas, que si no le dejaron satisfecho, por lo menos pusieronle de muerte, porque su enfermedad avanzaba a marchas forzadas.

El Ford trepidó. Y con manifestación mala gana se fué calle arriba, mientras su rueda de repuesto, irónicamente, iba mirando al celador sin disimulo.

Solo de nuevo.

La noche le pareció menos fría. La luna más hermosa. Y la vida más vivible. Ardía en santos deseos de cum-

plir con su deber. Y siguiendo una de las aceras de la calle, fue tocando los candados de las tiendas para asegurarse de que estaban en su sitio. Por ahí, no encontró ningún candado. Pero, en cambio, halló gentes en la tienda. Y los tragos volvieron a pasar por su garganta en número crecido.

Tambaleándose, regresó a su esquina.

Y en alarmante estado de beodez, se puso a hablar de esta manera:

—Yo soy un buen hombre. Tan es así que me quiere mi Josefa. No he perjudicado a nadie. Bueno, únicamente a mis hermanos. Pero, qué caramba, para algo ha de servir la familia de uno. En mi destino soy ejemplar. El único en el Cuerpo que sabe cuadrarse como verdadero soldado. Soy liberal y eso de que oiga misa los domingos y días de fiesta, no quiere decir nada. A mi Josefa no le he engañado nunca. Bueno, aquello de la Petrona fue un accidente. ¡Un accidente de tráfico! Y de resto no he tropezado con nadie. Ah... en el pueblo tuve algo. Si. Esperen...! Creo que fue un hijo, si no recuerdo mal... Es de ver a mi Josefa cuando le entrego la decena: me hace las cuentas hasta perder la cabeza. Pero siempre me queda algo para atender a mi enfermedad. Yo soy un buen hombre. De buenos sentimientos. Cuando tengo que llevar a alguien a la Policía me hago el energético, pero entre mí sufro un rato largo. Yo soy un buen hombre. Algún día he de llegar a otro puesto. Ja, ja, ja... quiero decir a otra esquina...

Así continuó hablando.

Gesticulando con las manos y con la cabeza.

El día está al llegar a la cumbre.

La luna, recelosa—al fin, mujer—se va escondiendo detrás de las montañas.

Todo despierta.

Las estrellas comienzan a declararse en huelga: van desapareciendo y perdiéndose quié sabe adonde.

En la esquina de "Manosalvas", nuestro "chapi-ta", acurrucado en la puerta cerrada de una casa, duerme con tranquilidad abidada de quilates.

En un instante que consigue despertarse, alcanza a oír el sonido que produce una espala al chocar con unas botas: ca un par de botas. Y como un reorte se levanta.

Cuatro pasos a la esquina, de plantón.

El oficial pasa por su lado.

El "chapa" se cuadra con un taconazo que debió resonar en la Tierra de Fuego y, con voz gangosa, dice:

—Sin novedad mi Jefecito

Mientras el Jefecito sigue su camino, el "chapi-ta" repite:

—Sin novedad aquí. Pero cuando vaya donde mi Josefa, y lo creo que tendrá novedades. Con el odio que le tiene al traquito mi mujer!

Y en aquella puerta de alle, reanuda su sueño tan torpeamente interrumpido.

Alfonso GARCIA MUÑOZ.

GUSTAVO BUENO, DISCIPULO DE CORTOT

Por JOSE DE LA CUADRA.

Especial para SEMANA GRAFICA.

En la vieja casa quiteña, que reposaba su carga de adobes orgullosos contra la calle cansada, subida en cuesta tortuosa, había una risa pueril.

Reía un chiquilín.

Alguien diría, desde el arroyo, mirando los ventanales vidriados, pétalo mudéjar en la flor castellana, veteada de indio:

—Es que suena una escala. Una escala cromática.

El chiquilín seguía riendo...

—Es una escala.

Pero, era —no más— una risa infantil.

El chico tenía el color maduro de las candelas.

Iba sobre los tres años, como sobre tres barcas. Aspiraba a completar los cuatro años llenos.

Por los corredores de la casa, andaba el muchacho jugando con su escala.

En el salón, el piano dormía. Dormía un sueño romántico, cada día interrumpido por manos femeninas.

El piano era como un monstruo amable. Su color negro se disimulaba en resplandores, cada vez que podía—con el rayo del sol, con el rayo de la luna—que-riendo perder su tono fúnebre.

El chiquilín no osaba aproximarse al monstruo amable.

Mirábalos de lejos, con un respetuoso amor.

Y veía cómo, sobre la dentadura blanca, manchada a filas de oscuro, las manos fraternales revolaban, ingravidades, aladas, ténues, arrancando sonidos metálicos.

El los seguía con la garganta entusiasmada.

—Es una escala.

Un día, los tres años niños se acercaron al piano. Sobre el teclado se pusieron los dedos temblorosos.

Había, en el afán imitativo, un gesto heredado. Antiguamente heredado. De los ancestros lejanos.

El chico copió los gestos complicados, como copiado habría los gestos elementales.

Y bajo la presión ingenua, se sacudieron las teclas roñosas y dieron su sonar profundo.

La casa—de ámbito a ámbito—se llenó de armonías. Ahíadas. Engranadas. Ligándose la una con la otra en una enredada teoría.

La gente se erguía en un entusiasmo patriótico. Se les ocurría como si, tocada por manos infantiles, cobraba la canción un sentido inédito.

Y ya no era la escala primaria únicamente.

Era el tratado musical.

Junto a la línea sabida, estaba el rumbo elegante, el lujo personalísimo, el gusto nitido.

Aquel que oíría desde el arroyo, habría dicho:

—Esa música me es familiar. Mis oídos la percibieron con frecuencia. Sí; es la misma... Pero, no sé; ha variado. Es otra cosa, ahora. Es distinto.

Sucedía—tan sólo— que Gustavo Bueno, retrepado en el taburete demasiado alto, esforzando los dedos en un ademán de alcanzar la octava ineludible, luchaba con el monstruo amable.

El monstruo amable cantaba.

Por su ancha boca, inundada de dientes, salía la melosa guitarra del "Carnaval de Venecia".

Desde su paraíso, "el gran provinciano de la música" sonreíría beatíficamente.

El són pegajoso se despararraría por la calle cansada. Pasaría de silbo en silbo hasta los arrabales lejanos.

Llegaría, a lo mejor, a cualquier corazón ensimismado... Y lo haría latir apresuradamente, con un alegre compás...

He hablado con quien escuchó a Gustavo Bueno tocar al piano en ese entonces.

Vestía el chiquilín una bata roja. Lo ayudaban a subir en



SR. GUSTAVO BUENO

el taburete. Pero, ya frente al teclado, el niño desaparecía para ser sustituido por un avezado artista.

La Sociedad de Beneficencia de Señoras hacía su fiesta anual. El clou era el pianista precoz.

Gustavo Bueno tocó su consabido "Carnaval de Venecia". En seguida, el himno nacional ecuatoriano.

La gente se erguía en un entusiasmo patriótico. Se les ocurría como si, tocada por manos infantiles, cobraba la canción un sentido inédito.

Por el salón de la fiesta pasó un alatazo de delirio.

Mostraban al niño para el aplauso. Y el aplauso invadía el

salón como un temporal desatado...

Acaso fue ésto que decidió la profesión de Gustavo Bueno.

Gustavo Bueno iba a ser pianista.

Continuó los estudios en el hogar propicio.

Al cumplir los siete años, ingresó en el Conservatorio.

En el Conservatorio recibió Gustavo Bueno las enseñanzas de ese insigne maestro quiteño que es Sixto María Durán, el autor de la ópera "Cumandá".

Hasta ahí, el pequeño pianista intuía... Navegaba en el océano de notas como los nautas rudimentarios. Desconocía las cartas de dirección. Se guiaba solo.

Ahora, tendría ya un modo de ir. Sixto María Durán le dió la clave de las notas confundidas, chiquititas y sabias.

Y así hasta 1919.

En 1919 volvieron al Quito natal los hermanos Terán, tribu de músicos.

Supieron del pianista y lo llamaron junto a ellos.

Teodelinda, la mujer admirable, que acababa de graduarse en la Academia de Londres, se dedicó a perfeccionar la educación musical de Gustavo Bueno.

Y a poco, Gustavo Bueno ingresaba en el cuarteto que, formado bajo el nombre de Terán-Bueno, precisamente, haría época en los teatros de la capital y del resto de la república con sus conciertos mensuales.

En esa comunidad de artistas puros que fue el cuarteto Terán-Bueno, el joven pianista completó, en la medida de lo posible, sus conocimientos.

No era sólo Teodelinda la maestra consagrada. Era, también, Augusto Terán, uno de los talentos musicales más grandes del Ecuador, para cuyo recuerdo, hundido en la tumba, no llega aún la hora de la glorificación.

Los hermanos Terán habían ya aprovechado las lecciones de los maestros europeos. Su afán consistía en que Gustavo Bueno también las recibiera.

La legislatura de 1923, por unanimidad, acordó una beca para el pianista.

El presidente de la república, que lo era a la sazón el doctor don José Luis Tamayo, apresuró el cumplimiento de la resolución congresal.

Y, en breve, Gustavo Bueno partió a Francia.

En Francia estaba Isabel Rosales Pareja, pianista eximia.

Isabel Rosales Pareja se consagró a preparar al paisano para que pudiera recibir las lecciones de los grandes maestros.

Y, cuando lo creyó conveniente, lo confió a la enseñanza de Mlle. Simmonne Plé, Primer Premio de Piano del Conservatorio de París, solista de todas las grandes sociedades de conciertos de Francia y compositora distinguida.

Ambas pianistas habían sido discípulas del maravilloso Cortot; y su anhelo radicaba en que Gustavo Bueno también lo fuera.

Tras difíciles pruebas, en 1926 fue recibido a las clases del maestro.

Alfredo Cortot, que es posiblemente el primer pianista francés, de dirección. Se guiaba solo.

(Sigue a la página 18)



Fotografía del alumnado del curso del célebre pianista francés Alfredo Cortot, maestro de Gustavo Bueno, a quien dedica el retrato tomado en los jardines del plantel musical.

ESCENAS RENACENTISTAS

(Viene de la página 6)
pie de oro representaba una sirena.

Sintió Guido la tragicidad del momento. Vió a la duquesa Leonora incorporarse levemente, fija en él la angustiosa mirada, y advirtió que Constanza bajaba la suya, para no ver, y prendía los crispados dedos en el arco liso que le ceñía el antebrazo.

Con la diestra firme sostuvo Guido la colmada copa. Su siniestra, obediente, buscó en la escarcela la sortija del rubí y la ofreció con rendimiento:

—Solo, señora, cuando aceptéis esta joya que considero mi gloria de artista—dijo con voz cálida—, beberán mis labios el vino de la bienvenida.

Y al ver que la joven duquesa, deslumbrada, hacia suya la sortija, impávido, se dispuso a beber.

Rápidamente, la certere mano de Bibiana desvió el cristal de los valientes labios.

—No beberéis de este Falerno

—dijo transfigurada de contento, de vanidad satisfecha, de esperanzas sensuales.—Vuestro obsequio merece que gustéis el vino de España, regalo del duque, que hasta ahora sólo yo he probado... Verted—dijo imperiosamente al paje entregándole la copa de la sirena—hasta la última gota de este vino, en el jardín, junto al banco de mármol donde crecen los rosales blancos. Allí nos serviréis, en copas gemelas, el dulce vino de España.

La duquesa Leonora, con súbita serenidad, sonrió a sus invitados; Constanza vio con sobresalto partir al paje hacia el jardín.

El sopor y la fatiga llenaban de silencio el palacio ducal en el amanecer siguiente. El aire, húmedo aún por el relente, y la luz, promisoramente del sol, jugaban en el jardín en flor. Solo un rosal estaba mustio. Las rosas blancas tenían estrías lividas...

Como una blancura más se llegó hasta ellas la juvenil figura

METEMPSICOSIS

Viene de la página 13.
sa Hator. Algo impreciso, ajeno y a la vez superior a la emoción artística, me retuvo largo rato frente a aquellas figuras. Fue como un retorno del espíritu... ¿Comprende?

de una mujer velada. Contempló con piedad las rosas marchitas, cortó la más maltratada por el veneno sorbido y la guardó en un cofrecito de marfil. Bajo el blanco velo le fulguró la mirada azul que, cargada de enconos, proyectó su odio en las ventanas de la habitación donde dormía o, acaso, velaba Bibiana.

—¡Tiembra!—murmuró.—¿Con paciencia reodora te haré tambalear... y caer!

Constanza, la madrugadora jardinera del rosal herido de muerte, bajo su dulce apariencia de enamorada tímida, tenía también, para la venganza, alma renacentista.

Gisberta S. de KURTH.

—No; pero continúe.

—En Alejandría volví a experimentar, en distintas ocasiones y al parecer sin causa que lo justificara, la misma sensación a que antes me he referido. Quisiera explicarle ésta, pero temo no ser lo suficientemente certero. Era... era como si dentro de mí se crease o se desdoblase una fuerza dormida hasta entonces. Principié a estudiarme con detenimiento, y un día, al leer un libro comprado al azar, mis ojos tropezaron con estos dos nombres: Nacra y Carmión. ¿Dónde los había yo oído antes? ¿Por qué me eran familiares y gratos? Los repetí mil veces y... No se ría, señor; no se ría ni piense que estoy loco. Nacra y Carmión fueron mis dos esclavas favoritas. Ellas lloraban ante mi cadáver la pérdida de la dinastía de los Lagidas. ¿Comprende ahora?

—No señor; cada vez comprendo menos.

—Es que yo... ¡Yo he sido Cleopatra!

—¿Azúcar!
—¡No diga imbecilidades! El que usted no crea en la transmigración de las almas no significa nada. Estoy convencido de que el espíritu reencarna en distintos cuerpos. Yo he sido Cleopatra, reina de Egipto, coronada en Alejandría, amante de Julio César y de Marco Antonio. Este espíritu que se cobija en la ridícula envoltura de un hombre feo y mutilado animó siglos atrás el cuerpo de una mujer célebre y hermosa.

—¡Es asombroso!—comenté forzadamente.—Nadie lo hubiera supuesto.

La voz tuvo un acento melancólico:

—¡Nadie, es verdad!—convino. ¡Cilicia, la isla de Samos, Atenas!... ¡Qué lejano todo! Hubiera sido preferible seguir ignorando, créame.

Estaba realmente desolado. Las gafas habían resbalado por su nariz y dejaban ver el párpado hundido.

—¡Vamos, no piense en ello! Quién sabe si en su próxima reencarnación...

—Gracias, es usted muy amable; lo fue usted siempre.

—¿Ah, sí? Y dice usted que yo...

—Usted, señor, es Marco Antonio, el triunviro romano.

Di un salto sobre el asiento, y luego, roto ya todo disimulo, dejé escapar la risa, franca, frenética.

Cuando me vió más calmado, razonó:

—Si admite usted que yo sea Cleopatra, no veo la razón de que se niegue a creer que ha sido usted Marco Antonio. Haga un esfuerzo, reconcentre sus energías mentales. Llegará usted a conocerse, amigo mío. Usted es Marco Antonio. ¿Qué interés puedo tener en engañarle? No soy un imbécil, ni un bromista. Mi vida actual, llena de tristezas, es contraria al humor. Si le dijera que desde hace una semana busco inútilmente una cantidad que serviría para detenerme en esta pendiente horrible que me lleva hacia el suicidio...

Comprendí.

Iba a responder con una negativa cuando, repentinamente, una duda cerró mi boca y movió mi mano.

—¿Qué cantidad—desea?—pregunté.

—Dos duros, señor.

—Tómelos.
Confieso que en el fondo estaba convencido de la farsa de que se me había hecho víctima, pero... ¿Y si era verdad? ¡Realmente, yo, Marco Antonio, no podía negarle diez pesetas a Cleopatra, después de todo lo ocurrido siglos atrás!

José SANTUGINI.

NOTAS SOCIALES



Un grupo de amigos y ex-compañeros de colegio del señor doctor don Abel Romeo Castillo y Castillo, miembro de nuestra redacción, le ofreció una espléndida comida en los elegantes salones del Restoran Fortich, con motivo de su reciente retorno al país. El agasajo, que fue ofrecido por el señor Tomás Marín P., se desarrolló dentro de un marco de cordialidad exquisita y el agasajado, en términos adecuados, agradeció la manifestación de que fue objeto. Asistentes a esta comida fueron además del homenajeado, las siguientes personas: doctor Julio Mata, doctor Nicolás Parúcci, doctor Julio Alvarez, doctor Daniel Rodríguez, doctor Alberto Gelleri, doctor Héctor Cabezas, doctor Antonio Parada, doctor P. López Lara, doctor Roberto Levi, doctor Fausto Gómez Terán, doctor Clodoveo Alcegar, doctor José Antonio Falconi Villagómez, Lodo, Ernesto Vera Lago, Lodo, Eugenio García, Lodo, Teodoro Alvarado G., licenciado Tomás Matea, doctor Samuel Contreras Merizalde, señores Carlos Enrique Izquierdo, Juan Francisco Rojas, Enrique Pasciani, Julio Moreno, Augusto Alvarado Olea, don J. Santiago Castillo y don Otto Guerra Castillo, todos los cuales figuraron en la presente fotografía, tomada como un recuerdo de la cordial demostración al doctor Castillo.

Se clausuró el XIII Certamen de Industria, Comercio y Agricultura, llevado a efecto en el local de la Piscina Municipal, y que ha sido uno de los números más sobresalientes en las pasadas fiestas octubrinas.

Muchas familias visitaron tan interesante exposición de productos nacionales, y en la gloriosa noche de la Piscina Municipal, se desarrollaron noche a noche, interesantes números de variedades que agradaron sobremedida.

Con motivo de haber celebrado el mejor de sus días la señorita María Teresa Tola Carbo, se desarrolló una simpática fiesta en casa de sus padres señor don Alejandro Tola Pareja y señora Amalina Carbo de Tola. Muchas de sus amistades estuvieron a cumplimentarla y los dueños de casa, con esa gentileza que les distingue, atendieron muy bien a sus huéspedes.

Un grupo selecto de las amistades de la señora María Teresa Navarro de Chevasco, y de su hija Teresita, estuvo a felicitarlas en su residencia de Pedro Carbo, y esto dió lugar para que se desarrollara una simpática tertulia, la que se prolongó por algunas horas, durante las cuales, los dueños de casa hicieron derroche de finas atenciones para con sus visitantes.

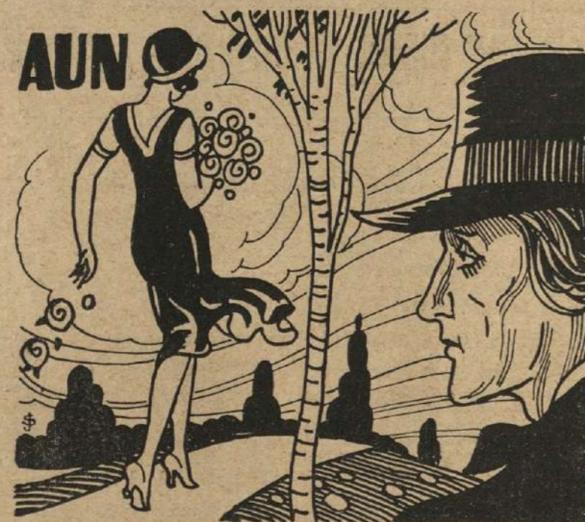
El doctor Francisco E. Rodríguez G., redactor deportivo de EL TELEGRAFO, ofreció en su casa habitación un agasajo a sus colegas de la prensa capitalina, Aire Libre y K—Chito, pertenecientes a "El Comercio" y que visitaron Guayaquil en viaje de placer.

Fue brindado un almuerzo en la lujosa residencia de los esposos señor don Gaspar Lofruscio y señora Marieta Parodi de Lofruscio, en honor de los señores Coronel Federico De Giorgis y su

esposa señora Amalia Flores de De Giorgis, Coronel Aldo Slaviero y Capitán Mario Slaviero. Como invitado de honor, entre otros, estuvo el señor doctor don Anselmo Anselmi, cónsul de Italia.

Pasaron horas muy agradables los agasajados con las exquisitas atenciones prodigadas por los esposos Lofruscio—Parodi.

Para hoy Sábado se ha fijado



Mil veces me engañó: más de mil veces abrió en mi corazón sangrienta herida: de los celos, la copa desabrida, me hizo beber hasta agotar las heces.

Fue mi vida, con todos sus dobleces, la causa de mi angustia—no extinguida— aunque, ¡pobre de mí! toda la vida su mentiroso amor pagué con creces.

Los tiempos han pasado; ya su boca no me da sus caricias, no me abraza el fuego de sus ósculos de loca;

Y sin embargo mi pasión persiste... pues, cuando a veces por mi senda pasa, me alejo mudo... y cabizbajo... y triste!
Julio FLORES.

el matrimonio civil-eclesiástico del señor don Manuel Suárez Pareja con la señorita Esther Tamayo Concha.

Con el ceremonial de estilo se realizó el matrimonio civil-eclesiástico del señor don Rodrigo Ycaza Cornejo, con la señorita Elisa Candel, miembros prominentes de nuestra buena sociedad.

Espléndido resultó el "Morning Cocktail", ofrecido, por el Coronel de Ingenieros señor don Ricardo Astudillo, Jefe de la IV Zona Militar, en honor de los señores oficiales de la Misión Militar Italiana, coronel don Federico de Giorgis, Coronel don Aldo Slaviero y Primer Capitán don Mario S'aviere con motivo del retorno a su país.

El oferente del agasajo atendió a todos sus invitados en la forma que él suele hacerlo.

En el local de la Beneficencia de señoras, se realizó el matrimonio civil-eclesiástico del señor don Juan Bertini con la señorita Dora Arbeláiz Jiménez.

Fue un acto íntimo, al que sólo asistieron los contrayentes y allegados y un reducido grupo de sus amigos.

Fue muy visitada por el núcleo de sus relaciones sociales la señorita Lola Arizaga Luque, quien atendió con suma afabilidad a sus visitantes que pasaron a cumplimentarla, con ocasión de su onomástico.

Hubo una interesante exhibición del campeón mundial de tenis, de nacionalidad alemana señor Haus Nusslein, en los courts del Guayaquil Tennis Club. Acompañó al campeón mundial de tenis el notable tennista señor Karel Koseleh, de nacionalidad checoslovaca.

(A la vuelta)



Confianza ilimitada...

El muchachito demuestra por instinto, confianza sin límites en el autor de sus días. A medida que pasen los años, ese instinto será reemplazado gradualmente por la experiencia, esa severa maestra de la vida. Poco a poco aprenderá a distinguir entre lo bueno y lo malo; entre lo seguro y lo peligroso; entre lo genuino y lo falso.

La experiencia es especialmente útil en todo aquello que tiene relación con la salud y el bienestar. Para suprimir los dolores y malestares en general, la experiencia le indica a usted que debe rechazar las imitaciones y exigir lo genuino:

Cafiaspirina el producto de confianza

porque se fabrica con el cuidado más esmerado, usando ingredientes de la más alta calidad y pureza, y bajo la más rigurosa dirección científica.

Es por eso que la Cafiaspirina no tiene rival para los dolores de cabeza, de muelas y de oído; neuralgias; jaquecas; cólicos femeninos; resfriados; reumatismo y otros malestares,



SI ES BAYER ES BUENO



NOTAS SOCIALES



(De la vuelta)

Fiesta muy lucida fue la del "Té-Bridge Danzant" que ofreció un grupo de socios del Club de la Unión.

La mujer guayaquileña lució una vez más su gracia y su donaire por los elegantes salones de nuestro principal centro social.

El ambiente estaba saturado de elegancia y distinción, las horas se deslizaron rápidamente y a los acordes de la magnífica orquesta se bailó animadamente por espacio de varias horas.

Asistentes al "Té-Bridge Danzant", fueron las siguientes personas: Señoras Pacifica Aspiazu de Ycaza Gómez, María Avilés de Aguirre Oramas, Matilde Luque de Aguirre Overweg, Mercedes Seminario Palacios de Rohde, Manuela Galecio de Ycaza Carbo, Baronesa Duroy de Bruignac, Blanche Yoder de Norton, María Mercedes Cordovez de Mercado, María Luisa Orrantía de Jiménez, Lola Aspiazu de Rosales, María Luisa Laos de González Rumba, Elvira Palacios de Guillén, Pilar Carvajal y Colón de Prado, Anapha Marriotti de Carmigniani, Lotty de Kruger, Isabel Avilés Elizalde, María Pia Acevedo y Aguirre, Ana Pia Aguirre de Acevedo, Grace Henríquez de Long, Bessie Henríquez de King, Elena de Feijó y Mrs. Victor M. Henríquez.

Señoritas: Rosa Clemencia Plaza Dañin, Maruja Jiménez Arrarte, Enrique y Meche Noboa Elizalde, Maruja y Rosita de Ycaza Galecio, Victoria Baquerizo Amador, Elisa Pérez Valdez, Maruja, María Luisa, Isabel y Guadalupe Valenzuela Barriga, Matilde Aguirre Luque, Victoria y Maruja Pino Plaza, Esperanza Mateus Yero, Paulina y Maruja Aray Marín, Blanquita Cordovez Cayzedo, María Aguirre Avilés, Maruja Franco Avilés, Maruja Baquerizo Lince, Pepita Coello Mendoza, María Rosa Ycaza Gómez, Pepita Insua Vergara, Angelita Roca Dañin, Maruja y Fanny Vernaza Requena, Maruja Gómez Sánchez, Adalgisa Descalzi Gallinar, Betty King Henríquez, Isabel Illingworth Valenzuela, Isabel y Enriqueta Ponce Luque, Consuelo Plaza N., Elena y María Luisa Feijó, Helen Tappen y María Antonieta Pillois Ycaza.

Presidida por el señor don Jaime Castells, cónsul general de la República Española en Guayaquil, la colectividad española se reunió para brindarse un banquete en los comedores del Restorán Fortich, con motivo de la celebración del Día de la Raza.

En el agasajo tomó la palabra el señor don Nicolás Aguirre Bretón, en frases recordativas de la fecha que se conmemoraba y el orador estuvo muy feliz en todas las partes de su brillante exposición histórica. Los concurrentes a la comida fueron los siguientes señores: Jaime Castells, Nicolás Aguirre Bretón, Lorenzo Tous, José Rivas Murphy, Pedro Maspons y Camarasa, Miguel Martínez de Espronceda, Juan Domech, José Miguel Álvarez, J. Fernández, L. Rodríguez, José Sierra, Fernando Serrat, Valentín Salas, Arturo Domenech, Jesús Gago R., entre otros.

Tarde inolvidable fue la pasada en la terraza del local del Guayaquil Yacht Club, con motivo de las regatas de embarcaciones que se realizó bajo sus auspicios.

Muchas familias de nuestra sociedad fueron a presenciar tan importante festival y después de terminadas las pruebas que dieron el triunfo al STAR, la concurrencia fue invitada por los socios del centro a servirse un té con pasas, originándose un animado baile que se prolongó algunas horas.



Por primera vez en la interesante vida del deporte nacional, a cuya cabeza se halla Guayaquil, que siente en lo más hondo de su espíritu un apasionado afecto a los torneos de los stadiums y que acredita ese amor con rotundos triunfos, se ha ofrecido a la admiración pública un selecto grupo de nadadoras. Esta organización del deporte acuático ha sido formada en nuestro primer plantel de enseñanza secundaria, bajo los empeños entusiastas de la campeona nacional de natación señorita Electra Ballén; y se denomina el núcleo "Vicente Rocafuerte Swimming Team". La presentación de las jóvenes nadadoras se efectuó en la hermosa Piscina del Malecón, donde se realiza la Feria Internacional de Muestras; y la exhibición de las niñas fue patrocinada por la Señora Gore, cuyo director honora la copa que ostenta en sus manos la señorita Ballén. Si el público tuvo la más cautivadora impresión ante los bellos cuerpos de Venus de las gentiles nadadoras, ya modelados en largas prácticas de cultura física; colmó su admiración al ver el dominio de ellas, sobre las aguas, en las que jugaban como verdaderas sirenas de un lago milinanochesco.

GUSTAVO BUENO, DISCIPULO DE CORTOT

(Viene de la página 15)

Y uno de los mayores del mundo, dirige cursos de superación en la Escuela Normal de Música, de París.

Gustavo Bueno pasó durante tres años consecutivos los cursos de Cortot, quien tuvo para él señaladas preferencias.

En la sala de conciertos "Chopin" el famoso maestro escucha las interpretaciones y hace luego él la suya, emendando a los alumnos, antes un público integrado por gentes versadas en música.

Por varias ocasiones, durante los tres años que estudió bajo la dirección de Cortot, Gustavo Bueno obtuvo la máxima distinción del silencio del maestro. No encontraba, pues, éste nada que corregir.

Y era música clásica. Y música de cámara. Y resurrecciones medioevales. Y exhumaciones de la antigüedad remota...

Luego de este aprendizaje, Gustavo Bueno regresó al Ecuador.

En Quito le confiaron el desempeño de la enseñanza en los cursos superiores de piano del Conservatorio Nacional.

Y ha enrazado. Permanece en Quito.

De vez en cuando sale en jira de arte por los términos del país.

Escucha el són paisano. Vuelve al hogar. Y borda, sobre el intacto motivo aborigen, la alta composición. Al estilo húngaro del rapsoda Litzs.

En esta música de Bueno el compás binario del pasillo alcanza tramas superbas.

Al artista lo llaman del exterior.

El ecuatoriano Pedro Paz, del conservatorio de Olivet (EE. UU.) le ofrece la cátedra de piano en dicho instituto.

Gustavo Bueno vacila en aceptar.

El alma de su Quito natal. Y no quiere dejarlo.

Puede ser, sin embargo, que salga en breve en jira por Sud América.

Acaso no salga jamás.

Para qué?

Talvez en el aire que sopla sobre el terrón. Gustavo Bueno escucha la música perfecta que le hace en el oído la emoción augusta...

Música adorable... Canción del viento cimero, venido cumbre abajo, enredándose en los eucaliplos del valle florecido, suscitando los rumores del bosque de mil voces diversas.

Gustavo Bueno intentará algún día que el piano ensaye por su parte esa canción solemne.

José de la CUADRA.

Se realizó una simpática reunión infantil en casa del señor doctor don Francisco Arizaga Luque y su distinguida esposa señora María Lola Murillo de Arizaga, con motivo de haber celebrado su mejor día la niñita Pilar Arizaga Murillo.

La festejada se vió rodeada de un selecto grupo de sus amiguitos que pasaron a felicitarla, llevándole finos presentes; y sus padres, con la cultura que les caracteriza, atendieron espléndidamente a la chiquillada colmándola de atenciones.

Con motivo de haber celebrado el mejor de sus días el señor don Eduardo Puig Arosemena, prefecto de Guayaquil, un número de munícipes, empleados y amigos le obsequió con una espléndida champagneada en el Restorán Fortich, a la que asistieron las siguientes personas: Prefecto, señor don Eduardo Puig A. — Concejal: señor doctor Severo Rabascall. — Empleados, señores doctores Luis Espinoza Tamayo, Tomás R. Granada G., Héctor Romero Menéndez, A. Francisco Blum Flor, Fausto Gómez Terán, Adolfo Blum Flor y Felipe Barbotó; Ingeniero Ignacio Granja Saona, Ing. Saúl Salas; Lcdo. Pedro Hidalgo González, Lcdo. Enrique Varas S., Belisario Torres Lascano, Francisco Roca Terranova, Miguel Augusto Egas, mayor Washington Zavala, don Agustín A. Rendón, Federico Ruiz, Fidel Elias Endara, Rafael Blacio Flor, J. L. Santos, J. Eduardo Sola, José García, Oscar Pozo C., Marco A. Ramírez, Alfredo Noboa I., Jacinto Elizalde Lucue, Carlos Carmigniani, Carlos Ordeñana B., Julio César Coello Lecaro, Gilberto Mosquera, Jorge Romero Vélez, Enrique Solís, César Augusto Icaza, Camilo Arellano, Carlos Chiriboga B., Alejandro Herrera, Carlos Maldonado, Néstor Araujo, Luis Gómez, Manuel Villegas, Manuel Moreno, Rafael Artemio Carrera, Guillermo Gilbert, Tnte. Carlos Franco y Victor Granada G.

También el prefecto de la ciudad fue invitado al Hotel Astoria, a un suculento almuerzo ofrecido por los señores concejales doctor Miguel E. Castro, doctor Luis H. Temoche, don Agustín H. Freire y don Héctor Efrén Ordeñana. El agasajo en esta ocasión fue ofrecido por el doctor Héctor Romero Menéndez, en términos de expresiva congratulación.

Festearon su onomástico las siguientes damas de nuestra sociedad. Señoras: Teresa Concha de Pérez, María Teresa Arosemena de Puig, María Teresa Arrarte de Stagg, María Teresa Coronel de Stagg, Teresa Márquez de Amador Baquerizo, Teresa Nath Arbelaiz de Uruga, Teresa Baquerizo Fernández de la Puente de Guerra, María Teresa Pérez Concha de Arrarte, María Teresa Baquerizo Roca de López Proaño, Teresa Balda de Santos, María Teresa Maruri de Carbo Cucalón, Teresa G. de Avilés, María Teresa Morla de Ycaza Toral, Teresa Uruga de Valero, María Teresa de Donoso, María Teresa Jiménez de Ochoa Galarza, Teresa Ala-Vedra Tama de Vallejo de Ramírez, Teresa Jiménez de Ochoa y Teresa Zerega de López.

Señoritas: Teresa Suárez Pareja, María Teresa Ponce Luque, María Teresa Arbelaiz Venegas, Teresa Stagg Coronel, María Teresa Tola Carbo, María Teresa Valenzuela Plaza, María Teresa Noriega T., Teresa Morán Chirari, Teresa Candell, Teresa Arce Mórtoles, Teresa Matamoros B., Teresa Nevares, C. Teresa Cedeño B., Teresa Marcet y Teresa Zevallos Rendón.



HAZEL GRACE, la sensación del Paradise Restaurant, en New York. (Foto Murray Korman).

